V Domingo de Cuaresma. Ciclo A
Apostar por la vida en el hedor de la muerte

Jesús es la resurrección y la vida

Aunque no podamos ir a misa este domingo de cuaresma, y de cuarentena por la emergencia mundial merece la pena que leamos los textos bíblicos correspondientes, pues en todos ellos **(Ez 37,12-14; Rom 8,8-11; y Jn 11,1-57)** se revela la **Vida que Jesús** nos comunica y nos convierte en testigos y defensores de la vida en todos los ámbitos de la existencia humana. La palabra de Dios anuncia en estas tres lecturas el **triunfo de la vida sobre la muerte,** que se hace patente en la solemne proclamación evangélica de que **Jesús es la Resurrección y la Vida**. Quien conoce a Jesús y se acerca a él, quien mantiene la amistad personal con él, y **quien cree** firmemente en él no tiene que esperar ni siquiera el momento de la muerte para experimentar el dinamismo de la resurrección final y escatológica y de la nueva vida, pues **ya ha pasado de la muerte a la vida**. Señales históricas de ese paso de la muerte a la vida son la **escucha de la palabra, la comunión eucarística y el amor a los hermanos**. El Espíritu de Dios es protagonista en ese triunfo de la vida de Cristo en nosotros. Y ese Espíritu es el que da y dará vida siempre a nuestros cuerpos mortales.

El Espíritu es un aliento de vida

En el lenguaje profético apocalíptico de Ezequiel aparece **el espíritu como un aliento de vida** que comunica la esperanza de la restauración al pueblo sumido en la catástrofe del destierro **(Ez 37,12-14)** evocando la efusión del Espíritu en la primera creación del hombre y anticipando la nueva creación en Cristo Resucitado. La imagen de la apertura de los sepulcros de parte de Dios para demostrar la Alianza de amor inquebrantable de Dios con su pueblo será la misma imagen con la que el evangelista Mateo nos describa la gran intervención de Dios en la misma muerte de Jesús el próximo domingo de Ramos (cf. Mt 27,52-53). Muerte y Vida están íntimamente unidas en el Crucificado, pues la muerte de Cristo por amor es entrega total de la vida que da nueva vida a la humanidad. En el lenguaje teológico existencial de Pablo es **el Espíritu de Cristo resucitado el que da vida al ser humano en su debilidad de criatura (Rom 8,8-11).**

La palabra de Jesús resucita a Lázaro

El último de los signos en el evangelio de Juan narra **la muerte de Lázaro y su retorno a la vida realizado mediante la palabra portentosa de Jesús (Jn 11,1-57)**, y constituye el preludio de la hora definitiva en que Jesús mismo resucite de entre los muertos pasando por una muerte injusta y violenta, vivida en el amor más entrañable. **En el hedor de la muerte Cristo apuesta por la vida.** Todo un mensaje de esperanza que podemos comunicar diciendo con las palabras centrales del Evangelio dominical que proclaman que **Jesús es la resurrección y la vida.**

En el milagro se manifiesta la gloria de Dios

Este episodio de la muerte y resurrección de Lázaro, el amigo de Jesús, en Betania, es la ocasión oportuna para que se manifieste **la gloria de Dios en la persona de Jesús y para que muchos crean en él.** Sin embargo, para los dirigentes religiosos, los adversarios reales de Jesús, el hecho motivará su decisión final de darle muerte. Así la resurrección del amigo se presenta como el último de los signos realizados por Jesús antes de su propia pasión y constituye la señal cumbre de la hora definitiva de Jesús, la cual tendrá lugar con su muerte y resurrección.

Este milagro es la última señal de la victoria de Cristo sobre la muerte

Además de su valor histórico, la enorme fuerza simbólica del episodio anticipa **la confrontación personal de Jesús con la muerte** así como **su victoria** sobre la misma. El relato destaca el hecho prodigioso realizado por Jesús y los diálogos en torno al mismo revestidos de una gran fuerza teológica. Todo está orientado a experimentar lo que dice Jesús a la hermana de Lázaro: **Si crees, verás la gloria de Dios.** En la narración podemos apreciar dos elementos esenciales. El diálogo central de la escena (Jn 11,21-27) revela primeramente que **Jesús maestro, Señor, Mesías e Hijo de Dios, es la resurrección y la vida;** y, en segundo lugar, que **quien cree en él tendrá vida, y vida para siempre.**

Creer en Jesús significa tener vida hoy y tener vida siempre

Con este último signo de Jesús podemos decir que Él es la realización de toda esperanza humana. **Creer en Jesús significa tener vida hoy y tener vida siempre;** participar en la vitalidad propia del Espíritu de Dios que permite incluso enfrentarse a la muerte biológica sin temor alguno, aunque sin eliminar el dolor que ésta siempre supone. A partir de Jesús, amigo y hermano de la humanidad sufriente, todo ser humano puede experimentar que la muerte no es la palabra definitiva de la historia humana. La palabra definitiva es Jesús que, por ser él mismo la vida, es también la resurrección. Así pues, teniendo acceso a Jesús, como Marta y María, como los discípulos y como Lázaro, la situación humana cambia radicalmente de rumbo. En el corazón de la humanidad irrumpe el amor de Jesús dando **una vida nueva,** cuya calidad, **impregnada por ese mismo amor, trasciende la barrera de la muerte biológica.**

Compartir el dolor ante la muerte es apostar por la vida

Jesús se enfrentó a la muerte **apostando por la vida humana**. El pasaje evangélico pone de manifiesto una de las grandes paradojas de la vida humana, que, a su vez, constituye el núcleo del mensaje y del testimonio de Jesús: **Dando la vida se da vida**. Por eso el amor de la entrega radical y gratuita de la vida, el amor solidario y generoso, el amor a fondo perdido, experimentado en tantas situaciones de sufrimiento humano, el amor hasta el final, acrisolado en el dolor es siempre generador de vida. Para hacer posible **esta transformación del dolor y de la muerte en vida** y en esperanza **Jesús** mismo experimentó hasta el fondo el desconsuelo inherente a la **pérdida del amigo, el dolor y la indignación interior** por la muerte de Lázaro. Y sólo desde la comunión solidaria con el dolor, y sin que éste desaparezca de nuestro horizonte vital, se abre camino la esperanza de la resurrección.

Jesús infunde un nuevo sentido a la vida

Jesús no vino sólo a cambiar el curso natural de la vida física, sino a **infundir en ella un nuevo sentido con la fuerza de su Espíritu y la potencia de su palabra**, transmitiendo al ser humano una esperanza siempre viva, fuente inagotable de la verdadera alegría. La piedra sepulcral que los discípulos de Jesús debemos remover es enorme y pesada, pues la losa de la muerte sigue sepultando hoy a miles de muertos en la pandemia mundial del coronavirus y a las masas de los pobres y marginados en toda nuestra tierra.

Ante tanto sufrimiento los creyentes apostamos siempre por la vida

Frente a **toda manifestación de muerte**, contra toda violencia y atentado a la vida humana, creer en Cristo nos compromete **a favor de la vida**. Y en el momento presente, contra toda irresponsabilidad en el cuidado de la salud y de la vida, especialmente de parte de los políticos negligentes en la gestión de la actual pandemia y de parte de los creadores de noticias falsas y de los manipuladores y difusores de mensajes que siembran el pánico mundial ante el drama del coronavirus, creer en Cristo nos compromete a **cuidar la vida de toda persona** en el planeta. Y por eso no podemos olvidar tampoco ahora la hecatombe permanente del hambre, de la guerra, de la droga y de las víctimas de las legislaciones proabortistas, pues, frente a todo ello, **los que creemos en Jesucristo, hemos de apostar por la vida, por la vida hoy y por la vida siempre, por la vida de todos y por una vida digna**. Y esto hemos de hacerlo siempre que podamos, incluso estando recluidos en nuestras casas en este tiempo de clausura obligada.

Si creemos en Cristo veremos la Gloria de Dios

El Evangelio es una apuesta por la vida digna y por la vida en el Espíritu del Resucitado que nos llama a la conversión, a un decidido cambio en nuestra vida personal y social y a mirar a la luz de la Pascua, que ilumina el camino cuaresmal y el camino de las cuarentenas, y nos abre a la esperanza cierta de que **el Resucitado es el Señor de la vida y de la historia,** vencedor del mal y de la muerte. Él es nuestra esperanza, porque Él es la resurrección y la vida y, si creemos en él, veremos la gloria de Dios, aunque haya que pasar por la muerte, ajena o propia, como también la sufrió Jesús.

Cuidemos la vida de todos

En medio del hedor de tanta muerte, con Jesús, apostemos por la vida y no dejemos de **comunicar la vida y el Espíritu que da la vida** especialmente ahora en las circunstancias del mundo presente, dolido, conmovido y atemorizado por este virus tan contagioso. Nuestro elogio y agradecimiento a todos los que se juegan la vida en favor de los demás y, sin olvidar a ningún sector profesional, quiero hacer memoria de los muchos sacerdotes muertos en esta lucha, especialmente en Italia. **Anunciemos la Vida de Cristo y cuidemos la vida de todos** tomándonos en serio todas las medidas preventivas que pueden detener y vencer este contagio letal para la humanidad.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura